
Si tan solo supieras

CARTAS DE UNA
PROFESORA INMIGRANTE

Emily Francis

Versión original en inglés fue Publicado por
Seidlitz Education
P.O. Box 166827
Irving, TX 75016
www.seidlitzeducation.com

Derechos de Autor Emily Francis

©2025 InspiringELLS, LLC

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por medios electrónicos o mecánicos, incluidas fotocopias, grabaciones, escaneos u otros, sin el permiso previo del editor.

Para obtener permiso para usar material de este trabajo, envíe una solicitud por escrito al correo electrónico:

EmilyFrancis@InspiringELLS.com

Diseño de Portada:

Don Whelan - Winter\Victor Studio

capítulo 1

Orlando



Querido Orlando,

Cuando te vi por primera vez en el salón de clases, no vi tu brazaletes electrónico en el tobillo, pero había oído hablar de eso. Había recibido un correo electrónico antes de que llegaras. No me decía que te vigilara, sino que me hacía saber que venías con un brazaletes en el tobillo porque ICE te había recogido después de que cruzaste la frontera. El brazaletes no fue el resultado de algún crimen horrible que hayas cometido; era un recuerdo del tiempo que habías pasado en la hielera. Tan pronto como leí ese correo electrónico, mi corazón se rompió por ti. Solo podía imaginar por lo que habías pasado solo para llegar aquí. Como yo había experimentado algunas de las mismas cosas, sabía lo difícil que había sido el viaje y podía imaginar el miedo que habías sentido en el momento en que te atraparon. También a mi me atraparon entrando al país sin documentos, y recuerdo los sentimientos y pensamientos que pasaron por mi mente. Recuerdo ese momento en que comencé a perder la esperanza y temer que los sueños por los que había trabajado tan duro se estuvieran despedazando.

También puedo imaginar el miedo que probablemente sentías mientras te preparabas para ingresar a una escuela nueva en un país completamente nuevo, así que prometí que cuando cruzaras la puerta de nuestra escuela, me aseguraría de que tu experiencia fuera una muy diferente a la que tuviste en esa hielera con inmigración.

En tu primer día de clases, me di cuenta de inmediato de lo tranquilo que estabas. Tenías un lindo corte de pelo, estabas todo limpio y vestías en una camisa de color burdeos y pantalones negros. No pude evitar pensar que estabas vestido para una nueva oportunidad. Recuerdo hacer lo mismo cuando llegué a los Estados Unidos: elegí mi mejor traje usado para mi primer día de clases. Ambos hicimos esto porque apreciamos la oportunidad y la libertad que teníamos de asistir a la escuela. Sabíamos que la educación sería nuestra clave para cambiar nuestra narrativa. No olvidaremos lo que habíamos dejado atrás, pero estábamos reuniendo el coraje para enfrentar el futuro que teníamos por delante — con la ayuda de nuestros mejores trajes. Como yo había hecho, estabas dejando atrás todo lo que habías vivido y ahora estabas aquí, comenzando algo nuevo.

Sabías que no sería fácil. Estabas asustado, estabas temblando y estabas pálido. Pero estabas aquí. Me presenté y me aseguré de que supieras que yo hablaba tu idioma y que se te permitía hablar tu idioma conmigo, con cualquier persona en el salón de clases y con cualquier persona en la

escuela. Me aseguré de que supieras cómo ir de una clase a otra. Me aseguré de que almorzaras. Me aseguré de que supieras cómo llegar al autobús escolar al final del día. Sobre todo, el primer día que estuviste en la escuela, me aseguré de que no experimentarás juicio o miedo, sino que experimentarás un lugar donde fueras bienvenido y sintieras un sentido de pertenencia.

Todo esto era muy importante para mí porque, aunque no conocía los detalles de tu historia, tenía una idea de lo que habías pasado. Verás, yo vine de Guatemala, y antes de que pudiera venir a Nueva York, tuve que pasar varias semanas en la Ciudad de México con mis dos hermanas, esperando que nuestro coyote reuniera nuestros “documentos”.

¡Parte de ese tiempo fue muy divertido! Estábamos en el corazón de la Ciudad de México. Muchas veces caminábamos por la Plaza de la Constitución en el Zócalo, donde vimos vendedores vendiendo sus golosinas y turistas tomando fotos de todos los hermosos edificios históricos. ¡Es muy similar al corazón de la Ciudad de Guatemala! La familiaridad era reconfortante en algunos aspectos, pero la primera vez que la vi, sentí nostalgia y deseé estar de vuelta en mi país de origen.

¡Pero no todo se sentía familiar! Nunca olvidaré la vez que nos detuvimos en el mercado para pedir nuestra primera comida mexicana auténtica. ¡No podíamos creer lo picante que estaba la comida! Estaba delicioso, pero nos costó comerlo. Estábamos acostumbradas a agregar un poco de picante a nuestra comida, ¡pero no tanto! Cuando miramos a nuestro alrededor, vimos a muchos otros niños comiendo la misma comida picante sin ningún problema, ¡y no queríamos ser cobardes! Mis hermanas y yo nos miramos, y sin decir una palabra, sabíamos que teníamos que comer cada bocado.

¡Ahora, parece tan tonto, pero otra cosa que recuerdo son las ardillas! Mis hermanas y yo nunca habíamos visto ardillas en vida real. La primera vez que vimos una nos emocionamos tanto que la perseguimos hasta que se subió a un árbol y desapareció. De alguna manera, esta pequeña emoción nos hizo sentir más cerca de nuestro destino final. Ver algo que nunca antes habíamos visto nos dio la fuerza que necesitábamos para seguir aferrándonos a la esperanza.

Aún así, aguantar no siempre fue fácil. No sabíamos cuánto tiempo estaríamos en México o qué nos esperaba cuando llegáramos a Nueva York. A veces, ni siquiera estábamos seguras de que despertaríamos la mañana siguiente.

Recuerdo un día en particular cuando caminaba por las calles de la Ciudad de México y me preguntaba: “¿Por qué estoy pasando por esto? ¿Por qué estoy aquí?” Había estado en México durante semanas con mis dos hermanas.

Estuve separada de mis otros hermanos durante el mismo tiempo, y habían pasado dos años desde que vi a mi mamá. Había dejado todo atrás en Guatemala y no sabía si llegaría a los Estados Unidos. Estaba teniendo problemas para aferrarme a la esperanza. Recuerdo encontrarme en la base de una famosa estatua llamada Ángel de la Independencia. Era tan alto, tan hermoso y tan brillante. No sabía que la estatua era famosa, pero su color dorado la hacía parecer importante, elevándose sobre esa intersección de cuatro vías. Parecía tan libre — como si nada pudiera interponerse en su camino. No podía dejar de mirarlo, preguntándome si alguna vez me sentiría tan libre, si todo este tiempo que se sentía tan desperdiciado y sin propósito alguna vez valdría la pena. ¿Alguna vez has tenido esa sensación, Orlando? Cuando tienes 15 años, es casi imposible pensar más allá de lo que está sucediendo en ese momento. Es difícil imaginar cómo tus circunstancias actuales podrían algún día significar mucho más de lo que significan ahora, pero te prometo que lo serán. Cualquiera que sea el dolor que experimentaste en tu hogar en El Salvador o en tu viaje a los Estados Unidos, podrás usarlo para hacer mucho bien algún día.

Eso me sucedió veinticinco años después de que miré por primera vez al Ángel de la Independencia.

Vi mis experiencias cerrar el círculo y finalmente entendí su propósito. Nuestro estado, Carolina del Norte, tiene un programa asombroso que lleva a los maestros a diferentes partes del mundo cada año para experimentar otras culturas. Fui a Alemania con el programa una vez y conocí un poco a los directores. Sabían que yo era inmigrante, que hablaba español y que estaba en condiciones de ser una maestra líder en el programa. Entonces, me pidieron que guiara a un grupo de 41 maestros por la Ciudad de México para ayudarlos a comprender cómo es ser un inmigrante y un viajero indocumentado. Con suerte, esto ayudaría a esos maestros a comprender mejor las experiencias y necesidades de sus estudiantes.

Acepté, y el itinerario que me dieron incluía los mismos caminos que había recorrido y los mismos lugares que había visitado durante mi estadía en la Ciudad de México como inmigrante de 15 años. Así que ahí estaba yo, 25 años después, de pie una vez más bajo el Ángel de la Independencia. Solo que esa vez supe exactamente lo que estaba haciendo. Estuve compartiendo mi historia de inmigrante con 41 maestros, explicando cómo se siente tener hambre y sed, no saber a dónde vas, pero aferrarte a la esperanza para que puedas comenzar una nueva vida cuando llegues a los Estados Unidos.

Cuando tenía 15 años y finalmente comencé la escuela secundaria en Nueva York, todavía tenía esperanza. Esperaba maestros que pudieran entender mis experiencias, ser

pacientes y resaltar lo mejor de mí (Esta es también la razón por la que me aseguré de que tuvieras un camino listo y esperándote cuando aparecieras en Concord High School; quería que te sintieras visto, escuchado y validado). Muchos años después, a los 40 años, ahí estaba yo, ayudando a esos maestros a convertirse en el tipo de maestros que mi yo de 15 años tanto ansiaba, y el tipo de profesores que tú y tus compañeros recién llegados necesitan.

Orlando, tus experiencias también son importantes. Sé que tienes esperanzas y sueños diferentes a los míos, pero los momentos que quizás hayas considerado una "pérdida de tiempo" en tu vida aún pueden moldearte y convertirse en la base de tu crecimiento y éxito.

La primera vez que te vi, no sabía lo difíciles que habían sido tus experiencias, y no estaba segura hasta dónde presionar y cuánto pedir sin lastimarte, pero quería que supieras que me importaba lo que tú habías pasado. Entonces, compartí mi historia contigo y tus compañeros de clase, y hablamos sobre otras personas — en nuestros libros y en el mundo real — que experimentaron las mismas cosas.

Empezaste a abrirte un poco, lo que me permitió conocerte lo suficiente como para comenzar a armar el rompecabezas pieza por pieza.

Cuando me mostraste el video de ti subiendo a ese pequeño bote para cruzar el Río Grande hacia los Estados Unidos, vi lo fuerte que eres en realidad. Mi parte favorita fue cuando tomaste la mano de tu mamá y le ayudaste a subir al bote antes que tú. Eso no solo resalta lo caballeroso que eres, dejando que tu mamá vaya primero, sino que demuestra que estás en su equipo, que confías en que ella hará todo lo posible por ti y cuidando de ella mientras ambos dan ese paso hacia un futuro mejor. Sabía que estabas asustado por la expresión de tu rostro y la forma en que te moviste con tanto cuidado y deliberación, pero lo hiciste de todos modos.

Mientras te veía dar tu propio paso en el bote, recordé el momento en que me subí a un autobús para viajar de Guatemala a México. Sentí tanto miedo como una sensación de propósito en ese momento, e imagino que tú también debes haber sentido esas cosas. Fueron pasos de miedo, pasos hacia lo desconocido, pero también fueron pasos de esperanza, pasos de valentía y pasos hacia lo que era mejor para nosotros. Al igual que tú, Orlando, yo llegué indocumentada. Ambos sabíamos que lo que estábamos haciendo estaba técnicamente incorrecto, pero lo estábamos haciendo para abrir puertas que no podríamos haber abierto en casa. También sabía que para ti subir a ese bote era algo que tenías que hacer por tu propia seguridad.

Sé que estabas siendo reclutado por pandilleros, y no puedo entender ni imaginar el miedo añadido a la violencia y las

amenazas que recibiste en casa. Solo puedo imaginar qué tipo de prueba tuvo que llevar tu mamá con ella para que ICE no te obligara a regresar a El Salvador. Pero una cosa de la que puedo estar segura es que no importa cómo llegaste a este país, sé que vas a aprovecharlo al máximo ahora que estás aquí.

Parte de aprovecharlo al máximo significa encontrar tus pasiones, usarlas para comenzar a construir una nueva vida para ti mismo y mostrarles a los demás lo vibrante y talentoso que eres. Cuando entraste a mi salón de clases por primera vez, sabía que necesitaba encontrar la pasión que ardía en tu corazón para poder resaltar y que tú pudieras mostrarles a los demás quién eres incluso antes de aprender inglés. Hasta el día de hoy, desearía que me hubieran dado la oportunidad de compartir mis pasiones. Era muy buena hablando en público y dando presentaciones, pero nunca tuve la oportunidad de brillar simplemente porque no hablaba inglés. Hoy, como educadora, puedo pensar en cientos de maneras en las que podría haber demostrado de lo que era capaz. Podía hacer pensamiento crítico. Podía aprender lo que estaban enseñando. No era tonta, pero me sentía como si lo fuera, y no podía permitir que te pasara lo mismo. *Tenía* que averiguar cuál era tu pasión.

Cuando te pregunté qué amas, qué hacías en casa y qué quieres seguir haciendo, tus ojos se iluminaron de inmediato. "Fútbol", dijiste sin dudar. "Jugué al fútbol. Estuve bien en el campo". Incluso me dijiste en qué posición jugabas. Realmente no sabía lo que eso significaba, pero todo lo que necesitaba escuchar era fútbol. Nuestra escuela tenía un equipo de fútbol, así que rápidamente contacté a nuestro entrenador y le dije: "Tengo un recién llegado que no habla inglés, pero le apasiona el fútbol".

No me preocupaba que no encajaras porque sabía que el equipo tenía otros estudiantes de inglés que podrían ayudarte, y por la forma en que hablaste de fútbol me di cuenta de que te iría bien en el campo.

Efectivamente, superaste las expectativas de todos, ¡incluso las tuyas, creo!

Sé que estabas molesto porque me perdí tantos de tus juegos debido a las lecciones de kárate de mi hija, pero no necesitabas que yo fuera tu animadora. Estabas haciendo lo que te daba bien y estabas prosperando. Todos me decían lo bueno que eras, y el entrenador de fútbol incluso me envió un mensaje de texto sobre ti. Él dijo: "Me enviaste uno bueno." Esto reconfortó mi corazón y supe que había hecho lo que tenía que hacer. Sonreí, sabiendo que ibas a estar bien.

Luego, justo antes de tu último juego, fuiste nominado como el Atleta de la Semana de Charlotte Observer, y toda nuestra clase estaba muy orgullosa y emocionada de apoyarte. ¡Sabíamos que tenías que ganar! No solo estabas calificado, sino que necesitabas esa victoria y esa plataforma y esa oportunidad de brillar. Así que todos empezamos a votar por ti y compartir las nominaciones, pidiendo a todos los que conocíamos que votaran por ti también. Debimos de haber votado por ti cien veces cada uno, e incluso tu votaste por ti mismo, ¿recuerdas?

¡Ganaste, Orlando! No podríamos haber estado más orgullosos. Lo publicamos en Facebook. Lo subimos a Twitter e Instagram. Celebramos durante la clase. Tomamos fotos y te hice un cartel (el que por cierto, te llevaste). Espero que esté colgado en tu habitación como un recordatorio de lo increíble que eres. Celebramos aún más cuando el superintendente del Departamento de Educación te envió una carta de felicitación. (¡Me encantó ver esa carta enmarcada en tu habitación durante tu tarea en video mucho después del juego!).

¿Recuerdas cuando nos reunimos un grupo grande para animarte en el último partido de esa

temporada? Sabía que eras bueno y sabía que eras feliz, pero verte jugar, Orlando, fue una experiencia increíble. ¡Reviviste en ese campo! Fuiste — y sigues siendo — un modelo para todos nuestros estudiantes. Ilustraste lo que significa poner toda tu fuerza en lo que te apasiona y usarlo para mostrar a los demás quién realmente eres.

Te admiro mucho, Orlando, porque aceptaste los desafíos de venir a un país nuevo. No sabías lo que sucedería, si sería fácil o difícil, y realmente no entendías el proceso. Aun así, te arriesgaste a que todo saliera bien.

Admiro la forma en que lo haces, entonces y ahora. Te subiste a un bote, te subiste a un automóvil, te subiste a un autobús y te aferraste a la esperanza de que lo que estás haciendo va a transformar tu vida. Todo lo que haces, ya sea dar el primer paso en ese bote, caminar por la calle o entrar y salir de las casas de los coyotes, tiene el potencial de volver a la vida para ayudarte a alcanzar tus sueños.

Tu profesora siempre,
Mrs. Francis